

I

VÍCTOR HUGO vivió ochenta y tres años. Su carrera literaria abarca sesenta y nueve. La primera parte de ella, en sus primeros diez años, coincide con la época del restablecimiento del reino, por la gracia de Dios; los últimos con la Tercera República. Y en el centro el reino burgués que lo hizo par de Francia, y Napoleón III, cuyo derrumbe anheló durante diez y nueve años en el destierro. Y en el centro, sobre todo, la carrera ascendente de la burguesía, su poderío político, su esplendor económico, su amplitud espiritual. Víctor Hugo expresó la burguesía, la expresó de manera espléndidamente gloriosa, en la época de auge de la clase, como si tuviera corazón y espíritu ilimitadamente abiertos.

Víctor Hugo tenía sólo buenas características burguesas; su genio se acomodaba a la burguesía, la hizo temible. Era un gran trabajador pleno de sentimiento del deber, pleno de fe en la continuada susceptibilidad de perfeccionamiento en el trabajo. Era celoso de su gloria, la valorizaba y acrecentaba severamente, como un mercader su dinero. Su sentimiento va de la suavidad y la malicia hasta la más grande pasión, pero sin ceder razonablemente, y sin excederse nunca en su empeño.

De su vida amorosa no divulgó más de lo que haría un individuo probo y sano. Su lírica amorosa es convencional, cuando no humorística o expresiva de un primer impulso gracioso. Pero amó a sus hijos. Gran felicidad fue que "el mundo todo del dolor" (Heine, nota del traductor), se tradujo en él en amor paterno. Y en sus más emotivas poesías.

Sus ideas eran las de todo el mundo, y cada cual a su debido tiempo. Se dice que posteriormente tenía más ideas que el promedio de las gentes. Y se tenía asimismo como pensador. Bien estaba. Así podía expresar conceptos valiosos con plena convicción. Los tomó más se-

Nota: El autor (1871 - 1950), aunque opacado un poco por la ilustre figura de su hermano menor Thomas, es una de las personalidades más atrayentes y significativas de la literatura alemana contemporánea. Con ocasión de cumplirse el primer centenario de su nacimiento, apareció en el número 10 de esta revista su valiente discurso pronunciado en la Academia Prusiana de Arte en 1928 intitulado Poesía y Política. Los ensayos que hoy se publican fueron traducidos por Otto de Greiff.

riamente que los demás, y por ello sufrió. No era un pensador sino un expositor de ideas, incluyendo las propias.

Sus poesías son pináculos de la expresión. Resuenan como una orquesta, con más fuerza que la historia misma. Exaltan voces expresivas y efectistas, en el nombre de Dios, del destino, de la grandeza humana. Se encumbran hacia el cielo, pero conociendo además el infierno del odio. Castigos o plegarias, todo en él es solemne, mientras en otras cabezas es mediocre.

Además fue siempre un político, pues la burguesía, como él, era impulsada por ideas generales, aún si se tratara sólo de negocios; el hombre inteligente podía entonces predicar tales ideas. De haberse sabido que las ideas generales son de contenido errático, nunca hubieran ellas tenido sus poetas. Entonces la clase burguesa tenía las ideas, no sólo como eternas, sino como realizables. Ideas y utopías no eran entonces lo mismo. Tenía voluntad espiritual, así como sus poetas. Y tenía, la burguesía, la sensación de que era de vital importancia una voluntad espiritual. Si ésta se relaja se vuelven muy pronto contra ella los actos de la vida, y en primer término, naturalmente, los espíritus.

Sin embargo, la floreciente clase burguesa tenía su gran poeta, que por ella hablaba crédula e impacientemente. Tomó en serio la lucha por las ideas. Parecía ignorar que la política casi siempre es sólo un pretexto para maquinaciones e indecisiones. Tan pronto como lo descubrió se indignó. Era lo suficientemente fuerte, y el mundo burgués era lo suficientemente joven como para que su espíritu de rebelión resistiera. El gobierno de Luis Napoleón lo sublevó de tal manera que ya no quiso vivir en ese ambiente de injusticia y despotismo. Prefirió el extranjero.

Imaginémonos una persona de cincuenta años, ya acostumbrada al éxito, en su nación una de las primeras, y que podía advertir cómo el imperio, gracias a la Princesa Matilde Bonaparte, se mostraba amigo de la mejor literatura. Pero se mantuvo firme, aun después de la amnistía; y permaneció en las pequeñas islas inglesas que hay frente a Francia. Exiliado voluntariamente renuncia a la rica vida social, a la muchedumbre de sus admiradores, al aura del éxito personal, al vivo hálito de la publicidad. ¿Por qué? Por un ideal, la república.

Pero, preciso es decirlo, por vanidad. Una vanidad llevada al exceso, que prefiere perder a ceder. Siempre se le había tenido, a su ma-

nera, como un pequeño burgués; nunca aceptó no tener razón, no aceptó tampoco críticas o decepciones; se consideraba como la antorcha del mundo, y se permitía rudezas hacia sus enemigos. Nadie lo contradijo en su isla inglesa, ni el lejano Emperador de quien tenazmente se vengaba. Aprovechaba el distanciamiento, la anchura del mar que lo separaba. En su peñasco se apoderó de él la romántica sed de sus contemporáneos por la grandeza humana. Lo que allí escribía llegaba a Francia como el mensaje de altos poderes. Tenía éxito múltiple, se enriqueció. La casa que construyó según su propio diseño tenía una pieza de cristales, donde escribía; a su alrededor tronaba o resplandecía el mar inmenso. Tanto no tuvo nunca Shakespeare, quien en sí mismo llevaba el mar tempetuoso, en los camerinos de exiguos teatros. Era la escenografía burguesa. Claro que a sus plantas le llegaba la veneración de las gentes, exagerada. En romería fueron hasta él distinguidas personalidades y gentes sencillas. Largas filas de jóvenes escritores le rendían homenaje. Eran elocuentes, pero él les correspondía con mayor elocuencia. Palabras llenas de expresiones del momento! Dumas se dirigió a él como "Víctor Hugo, océano". Y luego el orgulloso privilegio de abarcar con su palabra todos los problemas habituales del mundo. ¡Segundo Voltaire, engrandecido por la inmensidad del mar, sin quien no había acontecimientos en el mundo!

Todo ello ha de decirse. Igualmente, la perseverancia del siglo diez y nueve, que estatuye también el carácter. Representó la convicción burguesa, creyó en el pueblo. Cumplió con su deber. Renunció a muchos encantos de la vida, impelido por la conciencia de que la vida no se vive a causa de momentáneas ventajas, sino en consideración a futuras complicaciones. Así lo sienten todas las clases que aún tienen porvenir, y así lo expresan sus poetas. La Francia burguesa, que aceptó y disfrutó la bendición del imperio, ensalzó al desterrado como a lo mejor de sí misma.

El Segundo Imperio fue una época diáfana; su cielo parecía más alegre, la vida un juego, algo flotaba en el aire que favorecía tanto a la frivolidad del mundo como a los nobles esfuerzos de los espíritus, y que no habría de tornar. Era el momento alcanzado por la civilización burguesa, aún no amenazada. El poeta, en su rudo apartamiento, fue el primero en captar la conciencia de la época. Contemporizó con ella y con su exhortación. Y la justificó, como que hacía parte de ella. Cumplió con su deber.

Solamente en lo humano, pues para no aislarse buscó en su obra el más estrecho contacto con el pueblo y con su tiempo. Sólo en el peñón de Guernesey se hizo socialista. "Los Miserables", que allí escribió, "adulan a los sansimonianos, a los felipistas y aun a los posaderos", expresó airadamente Flaubert, quien sin embargo celebró otra novela de Víctor Hugo, "Nôtre Dame", hasta el punto de que en la característica principal de ella, la fuerza, veía el propio sello del genio. ¿Se había perdido aquella fuerza? No, pero un solitario la añora.

Su vanidad lo había obnubilado; fue objeto de burlas, sin que por ello cambiara. Había conocido lo más profundo del dolor por la pérdida de su hijo. Pero sólo en Guernesey aprendió a conocer el mal de la vida, a pesar del optimismo fundamental de su naturaleza firme; y, ante todo, hasta el fin lo sostuvo su fe en Dios. Como siempre, lo impulsaron los vencedores de la vida. Se acercó a los pobres, y no únicamente en sus libros. Fue benefactor de sus niños. En su casa vivía siempre algún colega desplazado de su hogar por el infortunio, no por sus convicciones.

"Un desterrado es bienvenido", escribió; y con ello quería significar el amor a las inocentes criaturas de la naturaleza, la fe en su bondad, aquel apaciguamiento del solitario. Pero lo que él propiamente quería sentir era el acercamiento al hombre. Y entonces escribió, no por la fama, sino también por el amor al prójimo. A raíz del multitudinario éxito de los mencionados Miserables, exclamó complacido: "Entre la muchedumbre y yo hay correspondencia, pues nos amamos y nos entendemos".

Como recompensa de lo que le trajo el destierro no sólo había esa sensación del mundo. Ganancia interna por medio del dolor. Expansión de la vida, que simplifica y amplía las ideas. La historia se torna para él más humana, los hombres más reales. Excitado, y retando al mundo exterior, completa su rico libro de poesías "Les contemplations" y los recios cantos de la "Légende des Siècles".

Es la culminación de la vida. El poeta, en quien se refleja la tan aparentemente mundana Francia, ha vivido solitario las dos más significativas décadas de su vida. Ha esperado. ¿Esperó realmente? El reino continuó aumentando su esplendor, cada vez era más poderoso. Y entonces un enemigo ocasionó su caída. No lo derribó una idea, no la propia fuerza de la idea de la República; sólo una fuerza extranjera. Así se ven las victorias. El viejo desterrado, sin ceder en nada, logró

regresar; pero en la patria estaba el enemigo. Sin embargo, no perdió ni un minuto. El 1º de septiembre fue derrotado Napoleón, el 5 llegó Víctor Hugo a Bruselas, y con la voz temblorosa por la emoción pidió en la ventanilla un billete para París. Y maquinalmente miró el reloj. El tiempo interminable había concluido.

Al destierro había partido un hombre de larga cabellera lisa y oscura, sin barba, de pálido rostro dispuesto a la lucha, duro de voluntad. Y del destierro tornaba un anciano recio y barbado, que ya no tenía pretexto para luchar, pues el mundo le ofrecía espontáneamente sus dones, afanosamente. Si no, hubiera sido el hombre para dominarlo entonces. Estaba equipado para vivir mucho tiempo, y aún no había llegado a los setenta años. Y ahora era el tiempo de la cosecha. Honores, consagración, homenajes populares y oficiales, todo venía a punto para que siguiera siendo el valor máximo del país, el héroe y oráculo de la república. Los nuevos tiempos no habían visto antes tal cosa. De nada se abstuvo. Para poder acceder al más alto rango de la Legión de Honor, debía antes ser designado Comendador; y ocho días más tarde alcanzó la gran cruz. O todo, o nada.

Y ocurrió que acabó por saciarse. “¡Otra vez los políticos!” —dijo a uno de los suyos— “Si conspiráramos un poco, para que volvieran los Napoleones! Así podríamos volver allá, a las islas, y trabajar juntos”.

Pero la reacción monárquica del Mariscal Mac Mahon le devolvió todo su furor. Y no se enfureció con premeditada ironía, como hombre espiritual. Se le vio tornarse exaltado como un obrero revolucionario. ¿El, que sentía como el pueblo, y que como el pueblo se había sacrificado, iba a perder ante el monarca el derecho de serlo todo?

Paciencia, oh anciano, que tan vigorosamente te aferras al mundo, que todo te lo cuenta. El te preparará la más descomunal sepultura, él pondrá tu catafalco bajo arco triunfal. No hay allí ningún otro tan poderoso. En el mar de la muchedumbre, tu muchedumbre, el cortejo que habrá de durar horas y horas te llevará sin vacilar al Panteón.

Indudablemente los jugadores de bacará de los clubes elegantes mantendrán en los balcones sus sombreros puestos al paso de tu féretro, pues ningún sacerdote lo acompañará. Tú, que hubieras podido alcanzar el arzobispado. Se rumorará igualmente que los altos poderes de la República te sepultarán tan espléndidamente para borrar el recuerdo de otro muerto aún más peligroso para ellos, Gambetta. Así

piensa el mundo, oh anciano. Tu catafalco pasará entre su hálito y su suciedad. Tu fuerza consistió siempre en tenerlos tan poco como el hombre común, pues tú, mientras tanto, te mecías en altos sueños.

Así habrías de ir muy lejos, aun después de la muerte. Tan lejos como para que fueras el solitario que sorprende a los hombres por la pureza, por la nobleza o por lo trágico; ni a Lamartine, ni a de Vigny ni a Musset habrías de temer. Para ellos había llegado quien los igualara exactamente, pero con genio. Ya no se lo consideraba como su par. Tenía la inmortalidad.

Todavía escribió mucho en los últimos diez años de su vida. Por entonces, en 1874, escribió *El Noventa y Tres*. Por las tardes se recomfortaba con conversaciones literarias, sentado, con los brazos cruzados, levemente echado hacia atrás, con su levita cerrada y su bufanda blanca; hablaba y era reverenciado.

Mi madre conocía una historia de su tierra. Don Pedro, Emperador del Brasil, y poeta, fue a París y visitó a Víctor Hugo en su habitación. "Sire", lo saludó, Víctor Hugo. Y el Emperador respondió: "Aquí no hay más monarca que Víctor Hugo". Y éste calló.

II

Entre las grandes novelas del siglo 19 hay algunas que son singulares: las de Víctor Hugo. Mucho se ha dicho que este poeta lírico no creó verdaderos caracteres humanos. Flaubert llegó hasta afirmar que todos sus personajes eran falsos. Y Flaubert tenía para ello buenas razones; era la contraparte. De no ser falso Víctor Hugo, Flaubert hubiera sobrado.

Si Víctor Hugo no hubiera dejado la realidad, como ella era, para extremarla hasta extremos que le eran caros, qué hubiera podido decirse exageradamente de su fuerza creadora, que sostiene y anima este peligroso mundo personal! Pues tal mundo vive, nadie osaría negarlo, y tiene vigor. Es un mundo engendrado bajo un extraño cielo tormentoso, al que trae la claridad que es él mismo. En *Los Miserables* un trágico condenado se agita bajo tal cielo, mientras todo lo demás vive a sus plantas.

Todo crece y flamea en la solitaria iluminación, un viento siniestro sopla, y las cosas parecen derrumbarse.

Si de una sola novela ha de hablarse, será de *Los Miserables*, la sublimidad misma! Aquí todo es ejemplar en la ascensión, amenazadora por cuanto es descomunal, divina por cuanto es generosa. El amor maternal va hasta los últimos límites, la compasión hasta la santidad, el crimen hasta lo brutal, la ley hasta tornarse en pavor. Y este enorme mundo tiene su conciencia, no es más pequeño que ella. El mismo impulso de crearlo era conciencia. Conciencia se llama aquel extraño cielo que el mundo hizo más claro, que es él mismo; y el mundo de *Los Miserables* es un mundo moral. Lo apremiante que en él acaece es exploración de la conciencia, lo más grande es lucha de la conciencia. Antes de entregarse a la ley el delincuente, lucha como raras veces se había luchado en la tierra. Sólo su contrincante, el inspector de policía, lucharía más tarde tan arduamente.

Muchos se han reconocido en tales luchas, en tales abismos, innumerables muchedumbres que desde hace sesenta años son lectores de *Los Miserables*. Y es esta dura lucha lo que los mueve, no el hecho de que el infame delincuente, en cinco años, se haya transformado en un intachable y honorable ciudadano. Y en su propia lucha permanece fiel, así sea otro el que haya combatido. Cada individuo en particular es demasiado pequeño ante las bravas osadías de las almas; no abre sus abismos, pero en él yacen. Quiere saber de ellas, compartir sus penas hasta donde le sea dado.

¿Por qué lee la mayoría? Sólo para ser aprehendida, o consolada, o amenazada, o conducida por manos vigorosas. Dudo de que hubiera habido romanos si la vida fuera un ordinario y comprensible acontecer. La gran mayoría lectora elige a quien tiene la clave. Víctor Hugo conoce los designios de Dios en la historia, y urde maravillosas aventuras que los aclaran. Escribe porque se siente hombre sabio y grande. Y no por simple presunción; pues lo que lo hace tan grande y tan cercano a Dios no es su yo aislado, es el hombre que hay en él.

Víctor Hugo tuvo siempre grande y sincera veneración hacia el hombre, a quien consideró como la más amada criatura del Dios vivo, llamada a los más altos destinos; vio cuál era su desdicha, su vergüenza y su extravío y quiso enderezarlo por el recto camino. Para Hugo sus novelas eran hechos, no sólo hermosos sino provechosos.

La falla humana se expresa, en consecuencia, y ante todo, en la sociedad. Y se expresa en ella mejor que la virtud. No se avergüenza de la sociedad. Es cruel, es implacable contra el débil, complaciente ante el éxito. No permite que el caído vuelva a levantarse. No protege a las madres, deja que los niños inocentes perezcan. Mientras haya proletariado debe dársele libros como *Los Miserables*, dice su autor.

Por lo tanto fue socialista por compasión y por furor, socialista en nombre de la muchedumbre, socialista romántico. En su tiempo el socialismo, espiritualmente, era más poderoso que hoy. Las gentes no lo temían aún, y estaban listas a lamentarse y a protestar contra la sociedad. Quizás lo hayan estado siempre, sólo que de tiempo en tiempo suele aparecer quien les indique cómo ha de expresarse la queja y cómo ha de creerse en la redención. Sólo los débiles pueden creer o quejarse. Víctor Hugo llegó a tiempo, y *Los Miserables* calaron inmediatamente de manera muy profunda.

Desde entonces los corazones sin duda han debido endurecerse notoriamente. En la sociedad que Víctor Hugo quería hacer mejor las cosas se han tornado increíblemente peores. Del gran impulso de las esperanzas de antaño apenas queda un tibio recuerdo. El balance es apenas un minúsculo trabajo social en pequeño, obtenido con lentitud de caracol.

Víctor Hugo fue el primero que encontró natural este trabajo minucioso, en pequeño. Nadie conoció la paciencia mejor que él. Cuánta ciencia práctica en una novela como *Los Miserables*! En ella la sociedad se estudia estadística, técnica, histórica, fisiológicamente. Los acontecimientos de esta gran novela arrastran consigo disertaciones, miradas retrospectivas y consecuencias, toda una viva fundamentación. Toda la historia de la civilización sirve como preparación para sus escenas. Y se inflaman entonces rostros reales de demonios o de profetas.

Un hecho notable es que en cada capítulo parece ofrecernos un nuevo arte. En realidad Hugo alza sus catedrales en cada sitio. Y repentinamente surgen ante las miradas que saben verlas.

Quando todo está listo, las catedrales ascienden hacia el cielo llameante. Y todo se entrega a la pasión sin reparos! Todos los seres sombríos de la vida, desde el niño desvalido hasta el anciano abando-

nado, pueden unirse en una obra en la que podrá respirarse buen ánimo y aun alegría para quien tenga fe en la vida y fe en Dios.

Así nacieron Los Miserables. Y así nacen las obras que en el mundo comunican algo, las mejores novelas de tesis. Pues aunque esta expresión suena siempre desagradable, es preciso reconocer que esta gran creación, Los Miserables, es una novela de tesis.

Y no sólo lo que suele llamarse novela de época. Sin tesis, naturalmente, no hay nada. En toda historia de amor acaba por aparecer el autor, a la derecha o a la izquierda. Quien describe su tiempo trae consigo hipótesis y puntos de vista de toda laya: Balzac católicos y legitimistas, Stendhal el racionalismo y Napoleón.

Flaubert retrata literariamente el intelectualismo aristocrático, que es una corriente política. Debió seducirle el socialismo popular de Los Miserables, mucho antes de que hallara falsa esta representación de la sociedad. Las disputas estéticas acaban siempre por llevar a diferentes tendencias políticas. Y la tendencia política se confunde siempre con el tipo de sensibilidad. Sólo el que nada siente es "poeta puro".

Víctor Hugo no sólo sintió intensamente, sabiendo conformar su sensibilidad, sino que supo, con su obra, perseguir determinados puntos de vista mundanos y sociales, y lo logró abriendo a muchos los ojos, y aun castigándolos. Era una tendencia franca y desnuda, y si el tiempo se ha entremezclado en ella, complicándola o no, lo cierto es que la obra perdura. Ciertas figuras, deliberadamente urdidas, se han adentrado manifiestamente en las conciencias, y se han vuelto proverbiales. El pelafustán Gavroche debió ser internado en un orfanato; pero no fue así, sino que ingresó en la inmortalidad. Y la alcanzó del poeta, como ningún otro hombre real.

Sólo un gran vigor podía penetrar tan profundamente en un mundo con el que tanto hubo de luchar, aunque sin salir lesionado. Víctor Hugo, con Los Miserables, alcanzó finalmente la grandeza perdurable. Desde entonces lo reconocieron las más bajas capas sociales, desde entonces fue el primero.

Su siglo y su patria ostentan muchos grandes nombres; no es poca cosa ser entre ellos el primero. No es poca cosa gustar a las capas inferiores y seguir siendo prominente, llegar a ser tesoro nacional y seguir siendo tesoro secreto de los elegidos. En él se nos ofrece un recio carácter. Cuando se requiere aunar fuerza, popularidad y una fe inquebrantable en la propia vocación, suele faltar el

carácter vigoroso. Pero Víctor Hugo lo tenía, y de ahí su insospechada valía.

III

El Noventa y Tres es una obra de la vejez, especialmente por provenir de recuerdos juveniles. El padre de Víctor Hugo, general bajo Napoleón I, había luchado antaño contra la rebelión monárquica de la Vendée. La madre de Víctor Hugo era de aquella Bretaña que durante tanto tiempo opuso resistencia a la revolución. Fue hijo de gentes recias, su obra no busca la fuerza, cuando se trata de épocas violentas, pues ya la tiene. Y la tiene también en la vejez.

Y esto lo muestra ante todo su estilo. Es la vida misma, y sin embargo irreal. Quizás, mejor, por ello mismo irreal. Quizás la simple realidad no alcanza a soportar tanta vida. El estilo se ve crecer más y más. Los hombres, sus hechos, sus rostros, exhiben rasgos más firmes que los conocidos habitualmente. Su manera de hacerse presentes es notablemente antieconómica. Hablan, indudablemente para comunicarse algo entre sí, pero ante todo para desahogarse. ¡Cuán a menudo hablan como movidos por su propia energía! Por ello desconcertan, y con gran efecto, pero con una gran sensación de verdad. Pues lo cierto es que el hombre cede en vano la mayor parte de su fuerza. No está en su naturaleza vivir y obrar lógica y económicamente.

¿Sentimos así nosotros? Si así es, entonces Víctor Hugo es afín a nuestro sentir. En verdad no faltan parrafadas efectistas; pero hemos de preguntarnos si ellas son también necesarias a la vida. Un viejo noble le suelta una ampulosa arenga a un joven marinero que quiere asesinarlo, y que concluye: "Estamos solos en el abismo, y frente a frente. ¡Ea, conclúyete de una vez! Viejo sol, tú eres joven; estoy inerme, estás armado; ¡mátame!" Con lo cual el marinero, por el contrario, no lo mata. Y este era justamente el propósito de la arenga. Muestra ella la arrebatada fuerza de quien, ante un hombre armado, se limita a hablar elocuentemente.

O aquella canción acerca del cañón destrozado. Se oye decir: el cañón que se destrozó. Pues el cañón tiene vida, respira, tiene el pro-

pósito de destruir. Y conocemos tales manifestaciones de vida en las cosas, sabemos que donde Zola obra, Víctor Hugo se detiene. Y esto diferencia su lenguaje. Lenguaje que, técnicamente informado de sobra sobre los cañones, no pretende mostrar exactitud sino vida. Es un lenguaje alado.

Y a través del libro cruza un paso alado, no se sabe cómo, que se levanta y descende. Las antítesis logran su efecto. Tales famosas antítesis no son sólo efecto vacío, valen no sólo por sí mismas, sino que contribuyen a la vida total, a un definido esclarecimiento de lo monstruoso. Y exaltan lo simple hasta el presentimiento de lo sublime. "Las continuas antítesis de Dios", eso es lo que imitan.

¿Sentimos así nosotros? Entonces no nos enorgullezcamos. Para muchas generaciones se ha perdido el sentido de esta prosa. Y lo que sentimos se pierde también. Aquí y allá reaparece algo, o parece reaparecer. Si pudiéramos explicar a los contemporáneos de Víctor Hugo la impresión que su prosa causa en nosotros, no nos entenderían. No dudarían de la prosa de su escritor. Pero sí de nosotros.

Flaubert, muy presumiblemente, encontró los personajes de El Noventa y Tres tan poco logrados como los de Los Miserables. Sobre estos dijo: La observación es una cualidad de segundo orden; pero, como contemporáneo de Balzac, Víctor Hugo no ha debido describir la sociedad tan falsamente. Y, sin embargo, el joven Flaubert creció en medio del encanto romántico y de la deificación de Víctor Hugo. Fundamentalmente siguió así; aun al morir salió de sus labios el nombre caro. Sólo que en él la observación se impuso como desagradable deber; aquella observación en pequeño, sobre la cual flotaría el magno hálito de Víctor Hugo. ¿Qué dijo Flaubert de Cimourdain? Para nosotros es Cimourdain una recia figura.

No es ni Homais ni Monsieur Dambreuse, ni el pequeño ni el gran burgués de 1850 o 1860. De los pacíficos personajes de Flaubert lo separan la guerra, el peligro la expansión exterior de la vida, el heroico nacimiento de una clase. Y lo mismo ocurre en la expresión. Cimourdain entra y sale tan tempestuosamente como si pudiera verse cada cicatriz de viruela. Pero sólo se ve la gigantesca cicatriz sangrienta cuando salva de la muerte a su joven favorito, y luego cuando se ve impelido a darse muerte, a traspasar su corazón con su propia mano. Sólo se le oye hablar con recias voces, sus ademanes son todos definidos. Los vicios de Cimourdain igualan a su heroísmo. Es

una figura tosca, sumariamente descrita dentro de la necesidad del momento, inadecuada en un recinto confortable, y sólo concebible en un bosque rocoso, en la cárcel o en la batalla.

“Hay almas atormentadas; ¿es ello una afirmación fundamental?” “Sublimizadas y luminosas sobre el abismo, qué significa ello? Pero él guía al malvado cordialmente, pues que éste siente el odio grande en lugar del prohibido gran amor. Y se hunde, porque sólo conoce la lógica, no la razón. Es el retrato impresionante del intelectual absoluto que se convierte, en virtud de la acción violenta”.

También entra en juego la psicología, en rasgos amplios. Víctor Hugo la entiende así, ante todo porque él, espíritu grandemente atormentado, se siente anímicamente vinculado al brusco iniciarse de su siglo. Y también por razones literarias. ¡Shakespeare! a quien “admira ciegamente”. Su propios caracteres habrán de ser simples, como las figuras legendarias, y sin embargo profundos y vastos, complejos y aún anómalos. Hay en él un mendigo que dice: “No sé bien cómo es este ir y venir, cómo pasan las cosas; pero aquí estoy bajo las estrellas”. Pero naturalmente el mismo mendigo sabe ya que desde la revolución ricos y pobres cambiaron, lo que antes pocos comprendieron. Sólo en 1948 fue un hecho reconocido.

“Hay correspondencias entre la muchedumbre y yo”. Y las hay también entre la exaltación y la expresión burda, que gustaban tanto a Víctor Hugo como a sus simples lectores. Y a estos les da ante todo “ideas”, ideas vigorosas y comunes, que maneja a sus anchas. El mismo no pensaba, sino que sentía; como todos los creadores, en quienes se confunden el pensamiento y la vida. Son ideas acerca del bien. Con todo derecho pudo afirmar que siempre adhirió a la causa de los miserables.

Shakespeare, cuyo estudio completó en 1848, es indudablemente el ideal literario de Víctor Hugo. Pero su compenetración con los hechos históricos y su expresión estilística, justamente en *El Noventa y Tres*, son más afines a Michelet, el historiador democrático de la Revolución.

Danton, Robespierre, Marat, aparecen en su propio escenario. O mejor sería decir, en su grandiosa pintura. Se tiene la impresión de estatuas que echaran a andar. Parece que hubieran hablado, que en cierto momento hubieran mirado el espléndido abismo. Y que se es-

piaran mutuamente, como para aniquilarse entre sí; pero en conjunto son grandes por vez primera.

Cada uno de ellos se podría diferenciar social y clínicamente. En ellos justamente comprendemos que "Los dioses tienen sed". Sólo quedaban las criaturas más o menos morbosas de una época, que sus iguales inflaron artificialmente para exhibirlas. Y ello sería un conocimiento peyorativo, no accesible a la generación de Víctor Hugo. La incertidumbre sobre la grandeza humana penetra en cada cual, en ciertos momentos, y ningún escritor de amplia y duradera influencia fue peor conocedor de la vida. Un conocimiento generoso, en cambio, ve más el carácter en ascenso real, bien que sus raíces sean las mismas de siempre. Las alucinaciones, la vecindad de depresiones maniáticas, asoman irrevocablemente en la personalidad y fijan su destino

¿Y no participamos nosotros en ellos? Hay que tener siempre presente que la historia no está escondida en las clínicas. Sólo así no se rebaja la consideración de la vida. No podemos dejar de contemplar con curiosidad cómo la historia deforma a los hombres, cómo los muestra más terribles, o fuertes, o abatidos, de lo que pensábamos; como ejemplo clarísimo nos muestra que a la larga todos nos vemos, y no en vano, sometidos al torbellino de nuestra vida. Cada cual debe tener por lo menos provechoso optimismo. Pero no lo alcanzaremos a la manera de la generación de 1848 y de su poeta. Víctor Hugo engrandece y es optimista. Su optimismo posiblemente se relaciona con el hecho de que él no ve muy exactamente; y seguramente porque todo lo que ve lo arroja a la masa ígnea de que se hacen las estatuas. En él respira la grandeza de la vida. Por eso cree que todo es susceptible de perfeccionamiento, todo inmortal.

Un maestro de nuestro propio mundo, Anatole France, murió casi tan viejo como Víctor Hugo, y en el convencimiento de que todo se acabó, de que nuestro mundo está para expirar. Veamos en cambio cómo representa Víctor Hugo a los niños, que no decepcionan, que pasan inconscientemente a través del terror, del odio y de las luchas de los espíritus. La inocencia es más duradera que el crimen y la fatalidad sumados. El futuro se salvará por los niños. Por eso son ellos el centro del libro de la humanidad liberada, *El Noventa y Tres*.

STENDHAL

I

Nació lo suficientemente pronto como para convivir, de niño, y como un eco, con la Revolución. Hasta Grenoble, donde hoy se alza su monumento, llegaban de París los relatos de los sucesos que entonces distanciaban drásticamente las generaciones. La morada de la familia Beyle estaba situada, honda y clara, al cabo de un emparado. Amaba a su hermana, odiaba a su padre, y más tarde aseveró que en la infancia había recibido impresiones eróticas de su madre. Sus relaciones con los padres fueron de la índole de las que hacia 1920 habrían de causar tan fuerte impresión en muchas gentes jóvenes. El mismo, en sus notas íntimas, afirmó que sus novelas muestran la huella de tales relaciones.

No era en sí mismo un analista que se dedicara simplemente a una especie de autodisección. Ninguno de sus caracteres es de por sí sencillo, si se exceptúa acaso al héroe de una novela hace poco redescubierta, que interrumpió a poco de comenzarla. Solía arrancar, enriqueciendo para luego depurar; pero con mayor frecuencia más suprimía que añadía. Desplazó su lapso vital, preguntándose: ¿Cómo habría de procederse, de haber nacido apenas en 1805? En todo caso ve a su criatura portarse como sólo él podía hacerlo. Tenía su propia teoría de la felicidad; pero la peor desgracia, la de no poder actuar apenas si la tenía en mientes. Aunque en ninguna parte del libro lo dice, imaginó impotente al héroe de su primera novela. ¿Por qué no lo dijo? debe haber sido una callada ofrenda al infortunio. Luego siguieron solamente figuras de fuerza vital exterior.

Hoy puede ser sencillamente apreciada su energía, que fue su más importante propósito y su eterna aspiración. ¿Acaso fue solamente lo que hoy son todos? Fue hijo de una frívola sociedad y de la guerra, irrespetuoso y decidido, listo a triunfar a la fuerza y aventureramente, o valido de los medios burgueses. De joven intentó obtener del odiado padre el capital necesario para negociar con productos ultramarinos, y por cierto no en forma modesta. Su propósito era entonces enriquecerse rápidamente y libre de prejuicios. Pero como a los diez y siete años se enrolara en la "Armée d'Italie", hizo en cam-

bio lo que podía hacer entonces quien aspiraba a triunfar. Fue bajo el General Bonaparte. Después de apartarse del comercio, de escribir una comedia y de enamorarse de la joven artista teatral, por quien anhelaba enriquecerse, ingresó definitivamente en el servicio del Emperador.

Para Stendhal, soldado de Napoleón, y hasta la caída de éste, fueron estos los años de su vida proyectada hacia el exterior, plétóricos de acción, al punto que en las décadas subsiguientes continuaron influyendo en él. Años que continuamente le infundían vigor. Había alcanzado la anhelada energía; arrastrado por ella había vivido. En el resto de su vida siguió trabajando con la alegría entonces acumulada. Si en días sombríos vacilaba, al punto surgía la sensación del deber que lo había tornado victorioso y feliz; y así quería seguir siéndolo. No de otra suerte era el caso de su Emperador, desterrado y enfermo, pero que seguía denominándose así ante el mundo en el que tan honda huella había impreso.

Henri Beyle fue intendente en Braunschweig (Brunswick); allí exprimió de la tierra más de lo debido, sólo por complacer a Napoleón. En el incendio de Moscú tomó consigo, de la casa en que habitaba, solamente un volumen de Voltaire. Deploró que la edición se descompletara; pero, con todo, la biblioteca se quemó totalmente. El mismo día el Emperador le dijo: "Es usted un valiente, puesto que se ha afeitado". Estos son sus principales recuerdos. En el día de Wagram por un largo momento se posó en su pecho la mano de Napoleón. Y cuando dedicó su *Historia de la Pintura en Italia* al prisionero de Santa Helena, lo recordó: "El granadero que asió vuestro botón". Se autodegradó así, pues apareciendo como uno entre tantos hombres hacía inconmensurable el distanciamiento con el Emperador.

No escribió nada mientras estuvo al servicio de Napoleón. La seguridad de actuar compensaba con creces la ilusión que significa el escribir. Nadie describe, o nadie al menos lo hace con tal vigor o devoción, y esta es una actitud de su vida que le es harto agradable; quien está en lo suyo apenas si piensa en ello. El mundo, en el que no sufre, no lo impulsa a la defensa. Entre otras cosas, las palabras y las frases son defensa, y una época totalmente feliz no tiene literatura. Todo su mundo giraba entonces en torno del hombre más grande aparecido en los últimos siglos. Dejar que así fuera, asombrarse y

callar! Más tarde, cuando los acontecimientos así lo motivaron, increpó a Napoleón su despotismo, aunque disculpándolo al exaltar su genio.

Hay aquí puntos en los cuales el joven Stendhal es comparable con los jóvenes de su edad, ciento veinte años más tarde. Solía odiar a los viejos. No le importaba cómo llegar a enriquecerse. Tomaba objetivamente la época y sus circunstancias. Ganar dinero y hacer la guerra era para él la ley natural de la revolución en su parte imperial. Tenía como consigna mantenerse en perpetua agitación y obedecer sin resistencia al conductor que deliberadamente había elegido. Parece que estas similitudes sean suficientes. Pero la diferencia estriba ante todo en la fertilidad de la época, de su héroe y de Stendhal, en la que estaban sumidos. La diferencia está además en otra ideología, la del siglo diez y ocho. Pero justamente con base en esta ideología creadora estaba Napoleón en capacidad de modelar el rostro del mundo futuro; y Stendhal pudo legarnos esas novelas que, hasta el último término de la era burguesa, nos muestran sus cambiantes especies humanas. Tal época estaba ya entonces plenamente conformada, presentando en síntesis, inmediatamente, lo que habría de repetir minuciosamente en ciento cincuenta años. Los especuladores salieron prontamente al paso del jefe que debía a su estirpe espiritual el derecho de ser emperador. Medraban al amparo de su gloria, y él los odiaba pero no se deshizo nunca de ellos, que lo tenían fundamentalmente como su órgano ejecutivo. Ya desde entonces surgió de la revolución el giro fascista, por intermedio del capital; y en cada nuevo punto crucial, tan pronto como el capital engendra el incremento de las complicaciones democráticas, ¿qué nos muestra nuevamente? El remedo de Napoleón. La más profunda y noble de todas las ideologías se extiende sobre la época, y, como ningunos antes, sus héroes se transforman en la gloria de nuestra humanidad. Pero al cabo todo lo que enrojece su cielo vuelve a ser sólo el fuego de las batallas. Fueron engañados. El mismo Napoleón desapareció igualmente engañado acerca del mundo que él había transformado. Creyó dejarle la libertad, pero el mundo se entregó al imperio del dinero.

Stendhal había llegado a la conclusión de que la libertad no contaba mucho, tal como tenía su asiento en los Estados Unidos, y que para él no era en verdad muy atractiva. Lo que lo entusiasmaba era el luchador y libertador; y así fue fiel a las características de su

alma. En palabras como estas guardaba afinidad con su Emperador, en lo que dice fácil irritabilidad del espíritu humano: "La educación literaria aclara el concepto del honor y avergüenza a los humildes". Y su ideal inalcanzado siguió siendo Napoleón, a través de la firmeza de su fuerza de decisión, ese "valor de las dos de la mañana", que nadie tenía. Se consideraba su vasallo por razones de grandeza moral, no por su éxito y su dominio. Fue de Napoleón de quien aprendió a evaluar igualmente ideas y sentimientos; pues apreciaba a Corneille como a un príncipe, y estimaba más su propio código que sus cuarenta victorias. De igual manera esto autorizó a Stendhal a valorar su vida interior, cuando ya los días de su muy agitada vida exterior habían pasado.

Mientras su señor se extinguía en Santa Helena, Stendhal escribía y amaba en Italia. El antiguo oficial del Emperador no tenía cabida en la Francia de los Borbones; y en el Milán austríaco apenas era tolerado como insignificante particular. Y se dedicó al arte y al amor con la misma ilimitada y decidida consagración con que había cumplido con sus deberes mientras sirvió al Emperador. También la pintura y las amadas son oportunidades de confirmar su personalidad. El alma no pregunta si lo que se conquista es Europa o un corazón. Su empeño es sólo mantenerse en la altura. Sólo importa ser, como siempre, el feliz vencedor. Y lo logra nuevamente, gracias a su fuerza de voluntad. Estimaba que cada mañana debía partir a la caza de la felicidad, y que era desdorado tornar sin botín. Encontró lo que más tarde muchas gentes redescubrieron: el derecho de ser feliz.

Serlo con las mujeres no significa poseer mucho de ellas; significa sentir para ellas y por ellas vivir. No podía ser su héroe sin aparecer ante ellas con una figura seductora y con rasgos faciales, que en su caso, de manera notable, eran a la vez muy ordinarios y espirituales. La mayor parte de las que amó advirtieron que podrían retenerlo, y no dejaron de aprovecharse de ello. Mientras el Teatro alla Scala ofrecía la anhelada ópera de Cimarosa, con lo que su pulso latía más jovialmente, visitaba en sus palcos bellas damas, que tenían esposos y chichisbeos a la vez, les hablaba de amor y les inspiraba confianza. Era el diálogo permitido bajo Metternich, que hubieran podido escuchar los vigilantes repartidos en las casas. Y era también una pasión que no le estaba vedada. Un oficial a medio sueldo no podía aspirar a más que al amor por el amor mismo.

Hablar sin cesar de amor, acercársele más y más, o con la mirada o con el espíritu. Acumular sabiduría, que consiste en mero placer, y todo aquello que encanta a la curiosidad de la sangre en cuanto a ilusiones que después se entremezclan con los conocimientos; todo ello lo fue, así fue su felicidad milanesa. Su libro sobre el amor, su código, cuyos artículos escribía después de una de tales noches, no nació de simple ambición; se debió a una criatura ociosa, fascinada por las mujeres, y a su turno finalmente fascinadora por su poder de seducción; y que se tomaba el fácil trabajo de registrar sus más felices horas. Esto da a su libro "De l'Amour" su gracia, a la vez que su cariz de inmortalidad.

En cuanto a la época, es el siglo diez y ocho prolongado hasta toda la tercera parte inicial del diez y nueve, que se conserva vivo y fresco sólo en Stendhal. Su razón estaba afianzada a los pensadores materialistas, que entonces empezaban a desvalorizarse, permaneciendo fiel a su maestro Destutt de Tracy en cuanto concerniera a la razón. Los conocimientos de sus filósofos fueron para él entonces por primera vez realmente actuales; ahora el predominio recuperado de la monarquía y de la iglesia no se oponía al razonamiento, con excepción de ciertos hechos despreciables. Stendhal vio derrumbarse violentamente verdades de largo tiempo encontradas, pero estaba convencido de que sólo por cobardía se renegaba de ellas. Pensaba que nunca antes en el mundo, como en 1820, había habido tanta hipocresía. No quiso reconocer lo que sin embargo realmente acaeció, y que hoy nosotros podemos comprobar. Ocurre, en efecto, que sin que tales verdades se hayan rebatido, se siente disgusto hacia ellas. Son incómodas a muchos intereses, y fatigan las cabezas debilitadas por mucho sometimiento. Además, se interponen en la senda de las pasiones cotidianas; sólo se requiere un poco de ayuda sofisticada para que toda una juventud pierda de vista toda seriedad. Las verdades de la pasada generación parecen morir momentáneamente. Pero como no ceden todo su vigor a la vida real, resucitan de nuevo de este sueño, infaliblemente.

Stendhal confiaba en el futuro de las verdades, aunque ante sus contemporáneos aparecía ciertamente como hipócrita. Y se apartaba de ellos sin advertir casi que no como ser pensante sino como ser sensitivo era de su misma especie. Sentía como un romántico, pero su razón, en cambio, afrontaba las conmociones, y el estilo en que se

esforzaba por escribir era el mismo sobrio y vigoroso del Código de Napoleón. Era simplemente más completo que los demás, totalmente circunscritos al sentimiento y a su expresión sensorial. Iban a merced del tiempo; el joven Víctor Hugo escribía bellas poesías de circunstancia para los Borbones, el joven Musset culpaba naturalmente a Voltaire del mal del siglo, como hoy hubiera culpado a Anatole France. Mientras erraban aún, el espíritu de Stendhal tenía ya un sello definitivo, ya no andaba a tientas.

Inevitablemente nos sentimos ligados a nuestro tiempo, tanto en cuanto al sentimiento como a las ideas. El Stendhal de los años milaneses mariposeaba en torno de Cimarosa y Mozart, del Correggio y de Canova lo mismo que en torno de sus amigas, con un innegable impulso que surgía de la tierra; en verdad adulaba como flotando en el aire, con la mirada levantada; y a pesar de su lenguaje culto ya no tenía su propia voz, pues por su boca hablaban las deidades. Ninguna otra época había conocido un hombre así, de mediana condición, un antiguo funcionario administrativo de rostro ordinario aunque espiritual, que pudiera sentir hasta extremos de libertinaje sin dejar de ser secretamente delicado. Cuando empezaba a amar seriamente a una mujer se reprimía en seguida y se mostraba frío. Con la misma reticencia hablaba de otros intereses de su espíritu, y al parecer entre él y el Correggio había siempre más de lo que pudiéramos pensar. Era nada menos que su impulso hacia lo imperecedero, hacia la inmortalidad, el mismo que había movido a todo el romanticismo. Al pensador le es vedado, mientras más pronto le es permitido al ser sensible. Morimos todos, sólo la belleza no muere. Pero este es un secreto entre ella y unos cuantos.

Y así su sentimiento. Con ello nada tiene que ver su teoría, pues Stendhal define la belleza como una promesa de felicidad, no como una felicidad tangible, y en todo caso no como una realidad, y mucho menos como algo inmortal. Son nuestros organismos mortales los que se transmutan a otros seres. El Correggio se transmite a través de Stendhal, otros millones de gentes no saben ni conocen una palabra de este admirable método de ser feliz. No tiene objeto servir de intermediario de la multitud. Cuando Stendhal se dirigía a otros, se trataba ante todo de los círculos que frecuentaban los salones milaneses, que incluían huéspedes de toda Europa. Y ratificó en sus primeros libros las conversaciones en que personalmente había tomado par-



te. Indudablemente había además en París y Londres algunos otros diletantes en el sentido italiano de la palabra; para Stendhal esta palabra significaba no sólo "aficionado al arte" sino también "miembro de la más refinada alta sociedad, oficial de caballería de Napoleón, y por lo tanto aristócrata". Así se originó el nombre "de Stendhal". A tales diletantes brindó lectura sobre el arte, sobre el amor, y sobre la Italia contemporánea, lectura que sólo podían apreciar esclarecidas y sensitivas gentes del mundo. El resto de él lo formaban hipócritas de cuna plebeya.

No el mismo Stendhal sino uno de sus amigos de Turín afirmaba que habitualmente rehuía mirar al rostro de sus iguales, y que en la calle miraba las gentes de abajo arriba, hasta el pecho. Sólo cuando en éste veía una condecoración llegaba hasta el rostro.

Si esto parece dicho a modo de comparación, lo cierto es que, al menos entonces, Stendhal sólo escribió para personas distinguidas. Por ejemplo, sus extraordinarias famosas "Promenades dans Rome" fueron concebidas para viajeros señalados. Pero el libro es en verdad una mezcla única de conocimiento de la antigüedad y de la sociedad de la época, objetivo, anecdótico y aún más espiritual que lo fueran antes los viajes italianos del Presidente de Brosses. Prolonga innecesariamente el siglo diez y ocho; pero los contemporáneos pobres de espíritu habían interrumpido el crecimiento natural de la democracia, y en gran parte se habían constituido en sus jueces. ¿Qué le quedaba al escritor, si no quería demeritarse? La francmasonería de los intelectuales renace siempre allí donde se ha logrado desviar las masas hacia la senda errada. El noble, inteligente, tiene sobre todo sus buenas razones, que para los demás son de lamentar.

El noble inteligente, tipo Stendhal, conjuga sensibilidad con cinismo. La desnudez espiritual iguala entonces los primores del alma. Y es desde luego el privilegio de quien en adelante hablará sólo en alegorías o imágenes. Este cinismo es el comportamiento de una personalidad especialmente pronunciada y selectiva, que exteriormente muestra sin embargo rasgos ordinarios. Es la actitud de quien, dotado del raro valor de decir a diario la verdad cara a cara, debe sin embargo introducirse casi ignorado, como un soldado en el combate. Es él en sí una actitud. Con el correr de los años habrá de ser un medio de mantener su propia estimación. Cuando Stendhal llegó así a describir a los romanos no cambió ni sus derechos con los lectores ni

la fuerza de su entonación; y la inmediata y viva representación de una sociedad que entonces sólo él entendía así no llegó en sus días más allá de algo distinto a su descripción de las conversaciones milanesas. Y por eso han llegado hasta nosotros como si uno de nuestros contemporáneos hubiera hecho un viaje retrocediendo al año de 1830 y hubiera regresado trayendo estos romanos consigo. El mismo tuvo conciencia de que así sería, al menos lo afirmó: ¿pero puede haber una certidumbre ininterrumpida, si nadie la confirma? Puede ser. Balzac le escribió con la expresión de alta camaradería, como a alguien que debe tenerse en cuenta. Y ello estuvo muy bien.

Su vida fue pues dura, si se mide con el cartabón ordinario, una vida densa que sólo agitaba la íntima alegría de los hombres completos, y por ello no envidiosos. Por propio derecho consideró la agilidad como el más alto peldaño del conocimiento. No escribió dificultosamente, como se dice, o al menos él no lo pensaba así. "Como no tengo nada para leer, escribo. Es el mismo placer, pero más intenso". De un tirón escribía varias páginas al correr de la pluma. Usaba abreviaturas, hacía irreconocibles las palabras, evitaba nombres y siempre se daba a sí mismo otros. Pues temía la policía política aun bajo el régimen burgués, el mismo que lo había hecho funcionario político. A poco del triunfo del liberalismo se había hecho sentir; y fue nombrado Cónsul, en Tieste en primer término. Como Metternich no lo confirmara, viajó a Civitavecchia, y allí permaneció. En París estuvo sólo con permiso; y sólo ahorrando tiempo de sus vacaciones pudo estudiar la provincia francesa. En una muy alejada y pequeña ciudad vieron la luz sus inmediatas y vivas descripciones de la sociedad dirigente de aquellos días. No todas sus novelas salieron inmediatamente a la luz; varias permanecieron sin acabar de pulirlas, y más tarde desaparecieron por mucho tiempo en la biblioteca de Grenoble, su ciudad natal.

Bajo sus ventanas el mar resplandecía o se agitaba. Por encima de su mesa escribió anotaciones en la pared, como si temiera perder de vista algo de lo que lo orientaba. Sus relaciones ordinarias eran de índole comercial. A veces le interesaba la política. Después olvidó por completo su temor a la policía. ¿Era sólo cuestión natural de su temperamento el que diera por sentado que debía ser secretamente espiado? Alguna vez el régimen de julio dio en la política exterior un paso que el soldado de Napoleón encontró degradante; entonces convocó a sus subalternos y dimitió ante ellos como francés. Y sin demora vino

su explicación. Pero por otra parte exigió que posteriormente, al ser pensionado, se le tuvieran en cuenta los años al servicio del Emperador. Además hubo de renunciar a su cargo y a su soledad: le faltó el editor que en su lugar le asegurara una renta anual suficiente. Era débil sólo en las cosas en que pueden serlo los hombres fuertes. Naturalmente la vejez cercana lo halló melancólico. Deseaba aún ser promovido; confesó: "He visto muchos soles". En la juventud se decide entre el pleno sol o la iluminación turbia, entre la distinción y el cinismo, entre el estilo y la realidad. Es en todo caso un acto de la voluntad, o se hace como si fuera, que las inclinaciones imperiosas sólo pueden ser seguidas adrede. De allí emanan el comportamiento, la propia estimación y finalmente la personalidad, que de otra manera no era concebible. ¿No es pues intercambiable en sus partes? En su tiempo su estilo se denominó romántico, y romántica fue al menos su sensibilidad. Por otra parte la cabeza de la escuela romántica, Víctor Hugo, antes de su destierro, escribió ciertas páginas de un vigor de claridad y sencillez que Stendhal no superó, y ello en los mismos años en que Stendhal escribía sus novelas, Víctor Hugo vivía entonces una vida real, era miembro de la cámara alta, el Código de Napoleón estaba tan a su mano como a la de aquel que lo releía antes de escribir. Stendhal quería el efecto directo de la realidad, de una realidad aguzada, sólo clara para él, pero que era con todo la realidad misma. Víctor Hugo se había decidido por un método directo, pero hay casos en que sus papeles se trocaron. En un trayecto de sus carreras coincidieron los mismos acontecimientos e incidentes; y cada época, fundamentalmente, avanza como una unidad.

Los contemporáneos salieron al encuentro de Víctor Hugo, que no necesitó, como Stendhal, defenderse en las notas preliminares de sus novelas, pues que lo confundían con los héroes criminales de ellas. En Víctor Hugo el criminal era la víctima de la sociedad, mientras en Stendhal asumía él mismo la responsabilidad, y no se arrepentía de ello. Ante todo se consideró a Stendhal como antisocial, y esta es la razón decisiva de la desconfianza hacia él, y de sus éxitos fallidos. Esto se vuelve a comprender, en tiempos como el presente en el que se emplea falsamente la tendencia hacia la comunidad en lo espiritual. Tener espíritu público nada significa para un escritor; pues lo esencial para él y para la sociedad es que se le siga leyendo. Así, este individuo aislado, más fuerte que todas las conformaciones de comuni-

dades de sus días, aglutinó generaciones que de otra manera nunca se hubieran conocido. Así como muchos sectores de la sociedad que con- vivió con él hubieran permanecido en impenetrable oscuridad para nosotros sin su ayuda, así muchas de sus creaciones humanas guían nuestra vida, pues nos conocen muy bien.

Stendhal celebró un buen contrato con la posteridad, aunque no mejor que la otra tendencia. Víctor Hugo nos reserva tantas sorpre- sas como él. Como lo merecía, Stendhal fue nuevamente redescubierto por primera vez, diez años después de su muerte, por un pensador materialista, Taine. El año de 1880, como lo esperaba, lo puso real- mente muy de moda, y no fue la primera ni la última vez. Se ha- bía preocupado por propia intención, y también de manera especial a su pesar, de que siempre se encontrara en él algo que mereciera ex- perimentarse o adivinarse. Los manuscritos de Grenoble, con sus abre- viaturas y deformaciones, fueron leídos de diversas maneras; y lo mis- mo su vida! La escribió para sí mismo, con cierto alzarse de hombros hacia la posteridad, por así decirlo, como si a su lado hubiera siempre alguien, pero durmiendo. Así se explica todo: sus contradicciones, sus crudezas, sus rudas franquezas. Y ello en quien, totalmente a so- las, aun en el abatimiento o a la hora de la muerte, conservó su pro- pia estimación, su orgullo.

Ante todo, vivió la más orgullosa de las vidas. Pero no le tocó todavía vivir en razón de su oficio; se detuvo poco antes del paso de la antigua literatura exclusivamente social a la entonces naciente, en la que el escritor ya no conoce a sus lectores. Demasiado ligado social- mente a un gran público, se vio obligado a no pasar nada por alto, a no venderse y a no omitir a nadie, ni a su misma persona. Conse- cuentemente, la crítica no pudo ni estimularlo ni demeritarlo, si es que tuvo ocasión de conocerlo. Escribió para una publicación inglesa, viviendo en Italia. Quien suele vivir solitario apenas advierte lo que pasa a su lado, pero sabe fijarlo cuando pára mientes en ello, especial- mente en el caso de las faltas de los demás.

Por tal razón rara vez conoció la satisfacción de ser conocido, de que los inteligentes lo entendieran; sus escasos amigos fueron siem- pre los mismos. No le ocurrió que los concededores apreciaran sus in- novaciones, ni se abrió para él ningún círculo que lo acogiera, y me- nos aún ocurrió que su ambiente viviera en él. Su época no esperaba de él lo que logró, y por ello se mantuvo sorda. Nunca, o sólo muy

espaciadamente se consagró de lleno a su tarea; todo lo hacía despreocupada o negligentemente. Pero mantuvo el valor de terminarla, y al final de cada libro escribía en inglés las palabras "A los pocos felices" ("To the happy few"). Era más fuerte que los demás, antes o después de él, pues en su misión mantuvo como norma el deber de ser feliz. Nunca dejó que se reconociese un fracaso íntimo del que sólo él se diera cuenta. Ya casi a los sesenta años, durante una licencia que habría de ser la última, cruzó los bulevares parisienses con el cigarro en la boca, siempre como un dandy entre todos los demás, habituados a su apostura; y felizmente, como su vigor lo deseaba, halló finalmente la dicha de caer muerto en medio del tráfico de la calle.

II

A la época de 1815 a 1830 le faltó totalmente lo que la anterior tuvo en exceso: energía. Stendhal continuó para sí mismo la época napoleónica; no pensó un momento en disimularlo ni en someterse a las fuerzas del pasado, que renacían. Después de vivir una vida plena de vigor consagró el resto de su existencia a los libros, especialmente a uno, "Le Rouge et le Noir".

Es esta la historia de una gran fuerza, de una energía sin embargo oprimida. Toda la autoridad de un orden en el que no hay ni espacio ni derecho, no puede con todo impedir que esta fuerza viva y actúe. Vive ilegítimamente y actúa como un explosivo. Julien Sorrel, uno de los más dotados de su especie, debía hacerse sacerdote, aunque sin creer en la religión; pero sólo así podía un burgués escalar las más altas posiciones. Llegó a ser secretario de un ministro, odiando el sistema imperante. Y tuvo relaciones amorosas no muy promisorias pero tempestuosas con la hija del ministro. Socialmente hablando, para ella era él un simple doméstico. Había amado, de otra guisa, pero también con toda su alma, a la sencilla esposa de un industrial provinciano, para quien era un mendigo. Ambicionaba cuanto veía por encima de sus alcances, con una pasión siempre mezclada con odio. Era fogoso, habría de ser acorralado, odiaba su sino y por ello igualmente a los demás. Luchó en la única forma admisible, agitando, perturbando. Y agitando desesperadamente perdió bien pronto su pro-

pia estimación hasta acabar siendo un asesino. Fue una especie de muerte voluntaria, en la que se llevó consigo a la apacible Renal. Y terminó bajo el hacha.

En esta novela es juzgado el orden, que parece derrumbarse. Uno de los seres más dotados ha de vivir su vida juvenil en la tierra entre el disimulo, con el resultado de que acaba siendo un criminal. Es la más terrible requisitoria que jamás se lanzó contra una época. Tanto vigor, una voluntad apasionada destinada a lograr mucho bueno, es sacrificada inútilmente; todo se reduce a cenizas. Se muestran aquí, en épocas de paz, el abuso y el inexorable menosprecio del esfuerzo humano por los poderes dominantes. Desde entonces ya se ha visto cómo es el caso en tiempos bélicos: es el mismo. No le fue mejor a Julien que a la juventud en la guerra, cuyos despojos se llevó el viento. En la guerra como en la paz somos a menudo profanados.

De haber venido al mundo sólo unos quince años antes, Julien hubiera podido ser un oficial de Napoleón; y nada, ningún reino, ni la más orgullosa mujer, hubiera sido para él inalcanzable. Desesperante fue el insondable abismo entre él y la anterior generación de gentes jóvenes. De la suerte depende el pertenecer al grupo en el cual se ha debido nacer. Julien Sorel, uno de tantos provenientes del pueblo, no es caso único; lo propio ocurrió con la hija de su ministro, la Señorita de La Mole. Se sentía ella incomparablemente más cerca de sus antepasados del siglo diez y seis que de su propia desvirtuada época. Justamente su autovaloración la impulsó hacia el sirviente, a pesar de todo su orgullo. Julien hubiera podido ser uno de los vencedores de 1810, ella la favorita de un rey, trescientos años antes. Todo esto, naturalmente, es romántico.

Y ello emana de la sensibilidad profundamente romántica de Stendhal. Tales cosas, o se advierten inmediatamente o se conciben razonadamente. No puede ser de otra manera, el sentido de una época que queramos representar será siempre aprehendido por medio del sentimiento; sólo nuestros sueños y nuestras angustias lo reconocen. Exteriormente todo pudo haber sido cierto. Realmente pudo existir un joven ambicioso de humilde origen que pasara por un seminario, que sirviera en el Palacio de La Mole y en el aserradero de Renal. Una novela realista, clara, sin lagunas, sin dilatada preparación, como ocurre a menudo en Balzac: ante todo el argumento, y sin rodeos la es-

cena y los caracteres. Pero hay fundamentalmente en cambio un sentimiento pletórico de presagios, quizás no del todo conocido aún para quien lo busca. El lenguaje se conserva en todo momento claro y sobrio. Y se conserva así deliberadamente, como conviene a quien, como Stendhal, superó a su época, y a un mancebo como Julien, que pudo haber llegado a ser un hombre fuerte. Entre las frases sobrias vibra no sólo la fuerza sino el sufrimiento y, además, la unión de todos los que padecieron opresión, los sensitivos de 1500, de 1820, de 1930, ¿Qué es el sentimiento en "Le Rouge et le Noir"? Es la mística de la civilización europea.

Se cumple aquí no sólo la adoración del poder en la figura de Napoleón, el héroe que Julien no habría de conocer, sino la adoración de la mujer (como en todos los momentos culminantes de la historia europea); y la inexorable señorita de La Mole es una diosa, como lo es la apacible Renal. Desde luego ambas son figuras totalmente verosímiles, afincadas en su ambiente y no exageradas, como caracteres, al modo del gran Balzac, tales la Duquesa de Langeais o la Prima Bette. Lo que las hace inmortales, como a estas otras dos, no puede ser otra cosa que la sensación de que la adoración de ellas hacia Julien es también la adoración de su creador. Stendhal escribió libros extraordinariamente masculinos, sus mujeres fueron por tanto extraordinariamente amadas. Ya no aparecen como seres aislados en el esplendor del sentimiento; la raza y la historia de la mujer de esta parte del mundo conviven en ellas con el arte que glorificaron. Muchas mujeres emergen, en la plenitud de la vida, de los marcos de viejas pinturas. La señorita de La Mole es semejante a una Judit, la rubia Renal parece pintada por el Correggio.

Esas mujeres, esos hombres, el mismo Julien, son continuadores de lo que ha hecho nuestra gloria europea. Julien combatió, y en forma no muy noble, llevado por las circunstancias; y llegó al éxito personal más que al triunfo de una gran causa. Combatió valientemente y fue vencido, sobre todo en lo moral. Así nos sucede a casi todos nosotros, bien lo sabemos, y justamente por ello el luchador Julien reapareció después de tantas formas en novelas y dramas. Sólo que sus sucesores aparecen sin Napoleón, ninguna sombra tan imponente se alza tras ellos, y ya nadie piensa en el momento en que realmente vale el empleo de la fuerza, en saber qué será de ellos. Stendhal lo supo, como que había estado al servicio de Napoleón.

Y esto nos muestra, de una vez por todas, la distancia entre él y Julien. No creó a Julien para liberarse ni para vengarse, sino más bien para permanecer en la altura desde donde, como cronista, registraba qué desdichada y abatida progenie había seguido felizmente a la suya. Julien no debía dejar que se pronunciara en voz alta el nombre de su héroe, pero esto solo no bastaba: no estaba en situación de amar ostentosa y completamente a Napoleón. Era un ambicioso, un luchador que quería disfrutar del éxito, esto era todo cuanto Julien podía obtener, pero para Stendhal era poco. El mismo conocía muy bien la usual conformación del advenedizo, incluido el snob. Sin embargo la cosa no era así. Del Emperador amaba Stendhal no el éxito sino el mensaje. Para él, Napoleón no era tanto el vencedor como el libertador. Stendhal nació antes que Julien. La revolución, hecho vivo de su infancia, había exaltado su corazón para siempre; y al Emperador lo había visto cara a cara.

Julien es inferior a Stendhal, inferior por su inoportuno nacimiento veinte años más tarde ¡Qué es de nosotros, y qué suerte nos está asignada, si llevamos una vida distinguida y escribimos un gran libro! Stendhal disimulaba, lo mismo que Julien, pero cuánta diferencia entre ambos! Stendhal bromeaba, jugaba un papel cuando en sus cartas hacía irreconocibles para la policía las palabras insidiosas. Había que ver quién era él, y quién ese gusano! Y para Julien era asunto serio, pues temía realmente a la canalla. Stendhal podía permitirse ser sonb; pero no lo necesitaba como Julien. No en vano prefirió hombres y mujeres distinguidos, pues de ellos esperaba, en el diálogo y en el amor, poder ennoblecerlos con su fantasía. El desdichado Julien buscaba en ello, odiándolos, abrirse paso y medrar; y lo que halló fue amargura.

Stendhal hizo de lado su propia autoridad, y así ganó a Julien. Y él mismo asumió la experiencia del triunfo, la disposición de vencer siempre. Olvidó, en favor de Julien, la propia moderación exterior y su esfuerzo por ser el gran señor del talento y de la apostura. Y quedó sólo la criatura desnuda de la menguada época, traída y llevada aquí y allá por sus ambiciones y sus azares, mientras sobre su miserable senda caía ya la sombra de la guillotina. El autor hubo de empequeñecerse y de aparecer en la vida sin ser notado para dar vida a este segundo Yo y darle existencia duradera con todo el abrumador vigor de su primero y real Yo.

Análogamente, no es justo lo que Miguel Angel dijo: "Nada bueno hubiera hecho de no haber sido de la casa del señor Conde de Canossa". Sería superfluo decir tal cosa, en tanto se afirme de manera espiritual; y en todo caso es insuficiente. No basta saber que estoy exento de los habituales pesares de los hombres y que sigue siendo inalcanzable la subyugación del espíritu, cosas que ahora son usuales. Debo estar en capacidad de preguntar qué hubiera sido de mí con su cerebro y sus flaquezas. Debo erguirme entre amenazas, como si finalmente debiera entregarme. Hay que aceptar que Stendhal sintió terror de los demás. En todo caso tuvo conciencia del destino de su época y de que su voluntad, proveniente de más vigorosa sangre, no podían entenderla sus contemporáneos; sólo les fue inteligible mucho más tarde.

¿Se movía Stendhal entre ideas totalmente inasibles por sus contemporáneos? Al contrario, era la sencillez misma. Ciertamente no lo leyeron, pero de allí no se desprende que escribiera difícil, complicada o inaccesiblemente. Y no puede decirse lo mismo de todos los escritores de su tiempo. Falló porque en "Le Rouge et le Noir" aceptó un estado de cosas: allá debilidades, aquí vigor, y la inoportuna fuerza abate la importancia concentrada. Y ello no es deseable. La ciencia pura y desnuda sobre lo que justamente se está extinguiendo será por doquier sofocada por frío convencionalismo. Bien puede dársele remate, pero más bien con las seducciones nihilistas de un escepticismo, que no podía ser cosa de Stendhal. No cabe duda de que para él el valor de la vida y de una generación imprimieron huella evidente en su energía. A ello se replicaba con el reproche de la inmoralidad. Ha debido hacer preceder su libro de una protesta. Pero ya se había fraguado el mal entendido artificial. La cabeza que, como ninguna, escribía lo más natural, se había transformado hacia lo insólito. Y todo de la manera más simple.

Las novelas temporales, que son las memorias de una época, pueden sólo ser aprehendidas con una sencillez que justamente es la excepción. Se debe descubrir una vía directa. Stendhal dijo expresamente: "Una novela es un espejo en una carretera". Y su espejo reflejaba justamente las realidades inevitables, lo más evidente de lo visible. Está para todos los que pasan, cada cual puede mirarse en este espejo, pero siguen de largo sin verlo. El, por su parte, nunca supo a ciencia cierta a dónde iban; pensaba que debían tener una meta.

De su profunda falta de presentimiento emanaba su sentido de lo irracional. Pues nadie sabe a qué incoherentes despropósitos llegarían, si tropezaran con su espejo! Pero no pudieron evitar que, merced a su cronista, llegaran a ser un conglomerado del que ellos mismos no se daban cuenta. Casualmente, cien años después, nuestros semejantes y nosotros mismos comprendemos lo que él comprendió.

En la novela "La Cartuja de Parma", circulan gentes alegres y bien dotadas, circulan reciamente y con espíritu aventurero, lo que casi basta para su felicidad. Sopla sin embargo un aire leve, como suele ocurrir en zonas familiares de la existencia, donde ciertamente impera el movimiento, pero donde la respiración no es tan fácil. Carecen de obstáculos para ser en sí mismos felices. Su curso sólo es estorbado por aduanas, policía y análogas incomodidades, que con todo deparan espléndidas sorpresas. Lo imprevisible, que Stendhal consideraba divino, es propio de una existencia completa. Allí los sucesos deben abundar, así como la voluntad, el sentimiento, los problemas del alma y todo de manera excitante. Y la misma vida, igualmente, y la novela, con que Stendhal la mide. Todas sus novelas son vida plena, pero sólo "La Cartuja" es, además, un cuento.

Fabricio huye de la prisión de manera no menos espléndida que la de Benvenuto Cellini, antaño, del Castillo de Santangelo. Comprendemos el cuento; lo era también para Stendhal. El Estado de Parma, en aquellos días, en realidad no se hallaba fuera del mundo; los mismos días que en la otra novela eran un campo de luchas desesperadas. También aquí, igualmente, por su propia plenitud de poder, creó seres bien conformados, tantos como su corazón ambicionaba. Fueron el joven franco y sincero, la valiente y graciosa heroína, un ministro lleno de honores y bienestar, y una duquesa escapada del siglo diez y ocho, que reunía en sí gracia y talento. Y todos nacidos para el peligro, pues sólo la vecindad del peligro procura el verdadero sentido de la vida. Y todos son lo suficientemente ricos de espíritu para terminar siendo felices. La energía de que están pletóricos, como Julien, es para ellos un don, no una maldición.

¿Cómo se exterioriza la energía de Stendhal en Lucien Leuwen, la tercera de las grandes novelas? En primer lugar, en su apreciación de la sociedad, pues no se espanta ante nada, deja de lado la de Rojo y Negro como época abandonada. Ahora reina Luis Felipe, ahora rigen las nuevas costumbres ciudadanas, los vicios, los intereses de un

estado que mientras tanto ha alcanzado el poder, pero todo con la mayor falta de consideración, brutalmente. La corrupción reina, abre un salón, se fomentan huelgas, hay elecciones fraudulentas, todo ello en la cuarta década del siglo diez y nueve. Nadie antes había osado tanto. A nadie hubiéramos justificado obrar de tal modo. Y nos preguntamos: ¿Fuimos así? ¿Quién vio tal con tales ojos serenos? El salón en Lucien Leuwen era más ornamental que los nuestros, entendía el lenguaje del amor de antaño. Pero nos asustamos porque sus figuras no pueden ser conservadas como de entonces, nuestra propia ciencia se esconde en él y se rejuvenece. Tales figuras deben conformarse hoy ante nuestros ojos.

¡Esta es pues nuestra tarea! ¿De esta manera se indicó y se condensó antes? ¿El movimiento directo enseñado y el significado indirecto escondido? ¡Pero qué novedades psíquicas íntimamente elaboradas con las técnicas! Todo en la historia de un sentimiento es objetivamente expuesto. Disimular, escurrirse, dominar, mantenerse en el poder y armarse para la lucha monologando, así vive sus sentimientos una estirpe aún joven y cruda. Otros escritores mostraron entonces a las mismas gentes víctimas del mal del siglo, pues así gustaba a los otros, así quería verlas. De manera muy notable un golpe violento interrumpe el amor interminable de Lucien. Cree que la bella Chasteler, bella como una flor, está encinta; pero se trata de un burdo engaño. ¿De dónde proviene tal cosa? Stendhal pudo haberlo encontrado en los viejos manuscritos que compraba en las calles de Roma. Su energía, que a sus contemporáneos parecía realidad sin sentimentalismo, y así era, indudablemente provino de viejas fuentes. La señorita de La Mole había sido una Judit; y en una novela ya puramente burguesa intercala una anécdota del Boccaccio, o sea impostura a la impostura.

La misma novela muestra lo que fue del viejo Leuwen, en forma que es como si llegara a una inexplorada región del alma. Alguien ha seguido y copiado de qué modo el viejo Leuwen, un banquero de cien años antes, torció el curso de su vida por bien de su hijo, cambiándose de un experimentado vividor en un corazón infantil. ¡Quién hubiera podido de tan sencilla manera trazar este cuadro! La historia del viejo Leuwen hubiera dado pie a Balzac para imprimirle un impulso trágico dentro de la más refinada sociedad, al modo usual en este trágico, único después de Shakespeare. Stendhal se queda a ras

de suelo, el viejo Leuwen es sólo un burgués que ama a su hijo y por ello entra en el reino de las almas; pero este reino tiene para él el aspecto de un despacho oficinesco.

En Leuwen aparece también un mariscal. El mariscal roba, y su saludo habitual es "¡Honneur!" El espíritu socialmente libre de Stendhal no podría exteriorizarse más claramente en forma tan sucinta. El salón, el mariscal, la disputa con el oficial que se avergüenza porque tiene necesidad de defecar, y con todo ello el amor como ideal, pero también el charlatanismo como atmósfera circundante, y un predominio de pillos: ¿dónde podía estar una novela tal en los siguientes cuarenta años? Inconclusa en Grenoble. Su autor es un espíritu libre en la sociedad, no sin conocimientos prácticos; pues Stendhal, el viejo funcionario, hubiera podido ser un conductor electoral, en lugar de meterse en el avispero a describir lisa y llanamente la técnica electoral. Y además, el librepensador se moralizó, lo que era demasiado. Su última figura, en la novela del año de su muerte, Lamiel, es la mujer intelectual que acaba siendo criminal, y cuán apartada del emancipado medio de su época! Ha debido esperar hasta que apareciera Franziska Wedekind, pues sólo en ella hubiera vuelto a reconocerse. Todas las criaturas de Stendhal, y él mismo, han debido aguardar. Algún día se sacudirán el polvo y nos contemplarán como semejantes nuestros.